

## RANDOLPH Y LA MAESTRA BLAVATSKY

El gran escritor teósofo Mario Roso de Luna prestó un servicio relevante, reuniendo en un interesante libro, varios trazos biográficos de la Sra. Blavatsky, trabajo en que, aparte de datos curiosos, narra los sucesos más notables de la vida ejemplar y torturada de la Maestra.

Desconociendo sus últimos escritos, no se si ofrezco, como nuevo, un hecho ya relatado, aunque, ninguna inconveniencia surge de esta repetición.

Repasando notas tomadas por Franz Hartmann, que convivió con la Maestra y participó de varios acontecimientos de su vida, notas auténticas y debidas al conocimiento íntimo y amistad que me unió al eminente autor de MAGIA BLANCA Y NEGRA.

He aquí el hecho:

A mediados del siglo pasado, XIX, vivió en los Estados Unidos, un hombre extraordinario, ocultista de extrañas capacidades, a quien atribuían conocimientos no vulgares de maravillosa y desconocida ciencia. Entre sus ascendentes se contaban armenios, indios, egipcios, africanos y germanos. Esta mezcla imposible e indefinida daba al héroe de nuestra narrativa una fisonomía sorprendente.

P.R. Randolph, como firmaba, era una especie de Cagliostro que instalara su consultorio, en la ciudad de Boston, donde ejercía la profesión de clarividente y conquistó notoriedad extraordinaria, en virtud del acierto de sus pronósticos. Se tornó tan famoso que su nombre llegó a los oídos de Napoleón III, quien lo llamó a París, garantizándole valiosa contribución. En la capital francesa, guió, de hecho, a Napoleón, en sus deliberaciones de Estado, y siendo discípulo de Eliphas Levi, el Maestro de Papus y, espiritualmente, mi antecesor.

Antes de esto, visitó, en Nueva York, a la Sra. Blavatsky, con quien trabó relaciones, que fueron, más tarde, la base de una estrecha amistad que los ligó. Con todo, las personas, íntimamente ligadas a la Maestra, ignoraban, porque ésta no lo quería recibir en su casa, prefiriendo encontrarlo en medio de la calle. Nadie sabe lo que descubriría en el alma de Randolph. Lo cierto es que acabó apartándose de él, procurando incluso evitar al mago, a quien, como se decía, dispensara una amable fraternidad.

En la India, ya había sucedido a la Sra. Blavatsky un hecho bien curioso. En el momento de tomar el té, cierta tarde, se levantó precipitadamente, gritando: ¡¿Qué quiere ese negro malvado?!

Cuentan, también, que, en los Estados Unidos, la Maestra, evitando la curiosidad de sus íntimos, realizaba entrevistas con el mago... Apenas llegaba, a la residencia, se encerraba, en su cuarto y tomaba notas. ¿Qué escribiría la Maestra?

Hartmann refiere que las facultades de Randolph eran, efectivamente, extraordinarias y su clarividencia superior a la de la Sra. Blavatsky y de todos los iniciados de la época, considerándolo un fenómeno dentro de la Magia.

Conocía todos los secretos iniciáticos de los Rosa- Cruz, pero nunca fue iniciado. Cuando le preguntaban de donde había bebido tan prodigiosos conocimientos encogía sus hombros y daba una formidable carcajada...

Dicen que le bastaba concentrarse por algunos momentos para hablar cualquier idioma, por más desconocido que fuese. La Sra. Blavatsky, cuando pretendía resolver cualquier problema muy intrincado, a despecho de su repugnancia, recurría a Randolph...

Un señor, que asistía cierta noche, a una representación teatral, en Nueva York, en compañía del mago, le preguntó: ¿Es verdad que usted puede llamar, mentalmente a cualquier persona, sin que ella pueda desobedecerlo? Experimente, le dice Randolph, y le ordenó que, *ad limitum*, escogiese a alguien en la platea. El amigo recorrió con la vista la multitud que llenaba el teatro y dijo: Aquella rubia que está sentada al lado de la columna. Sí. Respondió Randolph, espere un instante...

El mago cerró los ojos, durante algunos segundos, mientras el compañero observaba a la persona indicada.

La pobre muchacha, como si hubiese recibido un extraño choque, se estremece, se levanta y se dirige hacia el lugar en que estaba Randolph.

Por Dios, clama el amigo. ¡Sáquele el encanto y déjela libre!

¡Usted tiene un poder fuera de lo común y es un peligro!

En respuesta a estas insinuaciones Randolph se limitaba a encoger sus hombros y dar su habitual carcajada...

Todos los amigos de la Sra. Blavatsky consideraban a Randolph un verdadero enigma. Ella misma evitaba aludir a su esposa... El caso, sin embargo, del té, al que ya me referí en Adyar tuvo su repercusión en los medios teosóficos.

Hacía un intenso calor y la conversación giraba sobre asuntos triviales. Un poco de pereza y laxitud reinaba en el ambiente y todo acusaba esa calma característica de las horas estivales. De repente la Sra. Blavatsky empalideció. “¡MALDITO NEGRO!”, exclama con todas las fuerzas de sus pulmones: “¡QUIERE MATARME CON UN REVOLVER!”.

Después de un instante de inquietud y silencio por parte de todos los presentes... La Maestra da un profundo suspiro y articula: “¡Ya se lo llevó el diablo!”...

“Todos los asistentes, entonces, presurosos, indagan sobre el suceso y la Maestra explica: “Imaginen que ese maldito negro de Randolph quiso matarme a distancia, pretendiendo desmaterializar la bala y materializarla al penetrar en mi cuerpo. Como no logró su intento, volvió el arma contra sí mismo y se suicidó. Perdió la razón... “Es lo que sucede, generalmente, a los que se apartan del verdadero camino.”

Más tarde, se supo, por la propia viuda, que el hecho ocurrido con la Maestra, en Adyar, correspondía, exactamente, a la experiencia puesta en práctica, en ese momento, por el ocultista, entonces, en América. Él, en efecto, dispara su revolver, dirigiendo el proyectil a un blanco imaginario, pero la bala, en vez de seguir la trayectoria natural, volvió y lo atacó, matándolo.

Si con estas anotaciones contribuyo a enriquecer los trazos biográficos de la Sra. Blavatsky, me sentiré satisfecho.

Me sirvo de este ensayo para recomendar los trabajos de este mago, sobre los Rosa-Cruz. Son libros muy curiosos, en cuyas páginas se encuentran conocimientos que no están al alcance de todos. Posee varios, pero debo señalar *Dhoula Bel*, uno de los más interesantes. Debo agregar que fueron escritos cuando Randolph todavía no se había apartado del buen camino.

R + HUIRACOCHA

REVISTA GNOSE

AÑO II – RIO DE JANEIRO, 27 DE MAYO DE 1937 – Nº 10.

Traducido del portugués para Biblioteca Upasika por TIM.